

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



CORRESPONDENCIA.

MADRID 11 DE ABRIL DE 1848.

Mi querido *Tío Camorra*: Recibí su apreciable con la satisfacción que usted puede imaginar, pues, á la verdad, estaba con mucho cuidado no habiendo tenido ninguna noticia de usted desde el día de la jarana, cosa que me hizo sospechar si estaria usted en chirona, como que aqui han sido muchos los que han tenido esa mala suerte.

Me ha sido muy sensible el saber el mal porte de Abd-el-Kader

Tomo II.

para con una persona que tanto aprecio, y aunque en efecto los españoles no tenemos hoy tantos motivos para echar plantas como en aquellos tiempos en que dominábamos á medio mundo, no por eso somos tan despreciables que hayamos de llevar con paciencia los desdenes de un bárbaro africano.

Esta pesadumbre, sin embargo, se ha mitigado mucho al ver el buen recibimiento que ha tenido usted por parte del pueblo francés y del gobierno provisional; aunque no me ha sorprendido, porque un liberal tan impermeable como usted naturalmente debía contar con las simpatías de los demócratas que acaban de hacer pedazos el yugo del despotismo. Igualmente he sabido con placer los detalles de aquella comida con que le obsequiaron á usted nuestros hermanos los españoles residentes en París, y me han parecido muy bien aquellos brindis, sintiendo solo que no pudiera usted decirme el verso final de aquella octava, que por lo visto iba á terminar en *aña*. No obstante, creo haberlo adivinado. ¡Oh! soy yo muy maliciosa, y que me la claven en la frente si la pulla no iba derecha á.... *Bretaña*.

Ya he visto por los periódicos de esa nacion algunas noticias mas de las que usted me daba, y por cierto que no dejan de ser chocantes. ¿Con que es verdad que Mr. Guizot estuvo cinco dias en París disfrazado de muger? Pues no hay duda que estaria muy gracioso; y bien se necesita que eso sucediera en París, donde las señoras gastan tan estupenda pezuña para que no fuese descubierto el engaño. Yo he visto el retrato del ex-ministro y su rostro me parece algo anti-femenil, por lo cual me parece que la matrona improvisada no correria peligro aun en medio de esa sociedad libertina y en los tiempos de desmoralizacion que atravesamos. Sin embargo, tales ganas debian tenerle los franceses, que si le hubieran cogido en traje de muger, no dudo que le hubieran dado algun chasco, ofreciendo al mundo un espectáculo curioso para castigo de los ex-ministros que se visten de mugeres.

Tambien he visto que ese señor Guizot, asi como el general Jacqueminot han solicitado del gobierno provisional la mesada correspondiente al mes de febrero, y esto me ha escandalizado, aunque no necesitaba de esta nueva prueba para conocer adónde llega la poca vergüenza de los doctrinarios. En verdad que esto ofrece un singular contraste con la conducta que desde el establecimiento de la República observan los *descamisados* de Francia. Los ex-ministros aristócratas, aunque repletos de oro, tienen la baja de solicitar una mesada, en tanto que los pobres van á ofrecer al gobierno todo lo que poseen para contribuir al sosten de la patria. ¡Lucido contraste! ¡Siempre la misma diferencia entre los aristócratas y esa que ellos llaman *asquerosa plebe*! Por lo demas, yo creo que el *Nacional* tiene razon en aquello que dice: «Estos señores merecian justamente su sueldo, por haber contribuido tan poderosamente al establecimiento de la República con sus desaciertos; pero el gobierno

provisional tiene otras atenciones mucho mas sagradas, como son las de cuidar de la subsistencia de los pobres y consolar á las familias de las víctimas causadas por el fatal ministerio de Mr. Guizot. Digo, pues, que estoy de acuerdo con la opinion del *Nacional*, y caso de que el gobierno Republicano, en su alta justificacion hubiera querido complacer á los demandantes, la *Cotorra* cree que deberian decretar la concesion en estos términos: *Se concede á los señores Guizot y Jacqueminot la paga que solicitan con la condicion de que se han de presentar personalmente en Paris á firmar la nómina.*

Una cosa debo revelar á usted, *Tio Camorra*, que le llamará mucho la atencion, y es que tenemos la República á nuestras puertas, como que se ha proclamado en *Chamberí*. Apuesto á que el *Tio Camorra* cree que esto es un desatino; pues no señor, no es un desatino, porque dicen que se ha recibido oficialmente la noticia y lo aseguran de un modo que no deja lugar á duda. ¡Ya vé usted si progresamos! ¿Quién habia de decir que los habitantes de *Chamberí* fuesen tan audaces? Ya vé usted, que cuando *Chamberí* se atreve á dar un grito alarmante, no estamos lejos de que hagan otro tanto en Getafe, Leganés, Fuencarral, Carabancheles y otros pueblos de mas consideracion. Vea usted si le doy noticias interesantes, y eso que empiezo ahora á referirle las noticias de esta capital. Antes de ayer por la noche hubo bastante alarma, se oyeron algunos tiros, corrió la gente, y como dice la *Esperanza*, volvió Madrid á su estado normal, es decir, á ser visitado por multitud de patrullas y retenes. He tratado de averiguar la razon de esta alarma: al pronto creí que seria consecuencia de las noticias de *Chamberí*: pero despues he sabido que los soldados del gobierno hicieron fuego á los agentes del mismo gobierno, por no sé qué casual casualidad. Esto á lo menos podrá servir de leccion á unos hombres á quienes se ha dicho mil veces que los soldados acostumbran á hacer fuego á todo el mundo sin distincion y antes de tiempo, y no será malo si por este medio logran los pacíficos habitantes transitar por la capital sin temor á los peligros de una equivocacion.

No es esta la única novedad que tengo que poner en conocimiento de usted, *Tio Camorra*; hay muchas, muchísimas novedades en esta capital. En primer lugar ha de saber usted como D. Francisco Chico fué depuesto de su empleo y desterrado, por haber dejado escapar al señor Salamanca, segun dicen, aunque yo creo que el señor Salamanca, como buen cuco, procuraria escaparse sin permiso de Chico. Ya se ve, como que Redondo estaba á la sazón muy próximo á dejar este mundo, fué necesario improvisar un nuevo jefe de policia, para cuyo encargo buscaron á un tal Agudo, que á pesar de llamarse Agudo dicen que es el hombre mas obtuso de España, ó cuando menos que no tiene nada de *agudo*. Yo ya le he calificado acudiendo al *método de induccion* que usted me enseñó cuando me

daba lección de matemáticas, y he dicho para mí: los ángulos no pueden menos de ser agudos, rectos ó obtusos. El nuevo jefe de policía, que viene á ser un ángulo, no tiene nada de agudo, según pública voz, ni merece tampoco la calificación de *recto*, puesto que se mete á censurar previamente los periódicos. Luego si el señor Agudo no es *agudo* ni *recto*, resulta que será como he dicho antes *obtusos*, en lo cual están conformes todos los buenos calculadores de esta tierra. Aun he ideado yo otro modo de probar la nulidad del señor Agudo, demostrando que este sugeto es igual á cero, como es fácil convencerse por el siguiente cálculo algebraico: El señor Agudo, por llamarse así, y por ser jefe de la policía, dando á la palabra *agudo* la espresion A y al empleo del individuo la de n , tendremos que $A=n$. Ahora bien, el señor Agudo, según la voz del pueblo, es todo lo contrario de *agudo*, y si es todo lo contrario de *agudo*, será *menos agudo*, ó lo que es lo mismo $-A$. Pero el señor Agudo es por un lado $+A$ y por otro $-A$. Luego si ponemos en el primer miembro de la ecuacion todas las cualidades que concurren á la formación del nuevo jefe de policía, tendremos $A-A=R$. Y tachando $+A$ y $-A$, resulta $0=R$ ó.... $R=0$, lo que nos dice que el nuevo jefe de la Ronda es igual á cero, y no se dirá que el argumento no es matemático.

En efecto, pronto debió convencerse el gobierno de la poca *agudeza* del señor Agudo, porque á poco tiempo de echar á Chico de Madrid, parece que se arrepintieron los hombres del poder y resolvieron llamarle otra vez á la corte dándole una gran cruz, con lo cual aquel que nos parecia tan *mal Chico*, ya no solo podrá pasar por *buen Chico*, sino que será un *escelentísimo Chico*. En cuanto á Redondo, ya sabrá usted que pasó á mejor vida, aunque antes tuvo el consuelo de recibir una carta de la reina, cosa que ha merecido la mas completa aprobacion de todos los hombres sensatos, que al ver la manifestacion de la reina dirigida á Redondo, han convenido en que la augusta señora que ocupa el trono, ha obedecido á sus naturales instintos. Hé aqui la opinion pública reflejada en el siguiente párrafo del *Heraldo*, y la copia de la carta autógrafa de la reina, que deseo conserve usted con el cuidado que se merece:

«Sabido es que el desgraciado Redondo, uno de los jefes de policía, está en una situacion desesperada de resultas de las heridas que recibió alevosamente en la tarde del 26. Deseoso de llevar al sepulcro una prueba de la aprobacion de S. M., solicitó la concesion de la cruz de Isabel la Católica. S. M. la REINA no vaciló en conceder lo que pedia un súbdito tan leal y decidido, y fué tanto lo que la afectó esto, y tan deseosa estaba de que se consolase al berido, que aquella misma noche, á una hora muy avanzada, se dignó escribir al general NARVAEZ recomendándole que se despachase este asunto cuanto antes, porque mientras que no estuviese satisfecho el que habia derramado su sangre por ella, no podia dormir ni estar tranquila.

El general Narvaez se presentó muy temprano en palacio con la concesion para que S. M. la firmase; S. M. habia dado orden que se la despertase á cualquiera hora que fuese el presidente del consejo para este asunto; y efectivamente, pocos momentos despues estaban satisfechos los deseos del herido. Pero S. M. no se contentó con esto, y al enviar la condecoracion á Redondo, le escribió de su letra la siguiente carta, admirable por su sencillez y por la elevacion de los sentimientos:

«Redondo, te mando la cruz que deseabas, y que tan bien has merecido. Es lo que puedo darte para consolar tus aflicciones. «Dios, á quien lo pido, te dé lo demas como lo desea

»ISABEL.

«Hoy 5 de abril.»

No he podido dar espresiones á los señores Olózaga, Escosura, Luzaró, Nogueras y Van-Halen, como usted me mandaba, porque todos estos señores han salido desterrados, unos para Cádiz, otros para Canarias, y otros sabe Dios para dónde. El uno de ellos, el señor Olózaga, parece que logró escaparse en Córdoba, cosa que segun el *Popular* ha merecido la mas marcada reprobacion de todos los progresistas; y en efecto, el *Popular* dice la verdad, pues como usted habrá podido ver por los periódicos que representan á los partidos, la fuga de Olózaga, tan alabada por los moderados del *Clamor Público*, el *Eco del Comercio*, el *Espectador*, la *Prensa* y el *Siglo*, ha sido censurada amargamente por los progresistas del *Popular* y del *Heraldo*. Por mi parte, tengo el sentimiento de no pensar lo mismo que los progresistas del *Popular*, y digo que el señor Olózaga, cuyo talento como hombre de parlamento está bien acreditado, posee tambien en muy alto grado la táctica de las escapatorias. Ya sabrá usted que el tal D. Salustiano iba á ser ahórcado por negro cuando el desgraciado *Miyar*, y que se salvó por una escapatoria de la cárcel, que era bastante difícil en aquellos tiempos. El hecho es que los *realistas* no tuvieron el bárbaro placer de apretar el corbatin al que tanta guerra les habia hecho. En 1843, cuando aquella bromita de Gonzalez Brabo, tambien iba la cosa algo seria, y segun he oido decir corria grave peligro la vida del señor Olózaga; pero al ver este señor que iba de veras hizo una de las suyas, y cuando se trató de meterle mano ya el pájaro habia volado de la jaula y hacia trinos en las arboledas de los Campos Eliseos. Ahora, con motivo de la zaragata del dia 26, fué conducido por un piquete hasta Córdoba; pero al llegar á esta ciudad dijo que tenia que tomar un baño, y así como hemos visto al marqués de Villena aparecer entre el humo despedido por una redoma, del mismo modo han visto los de Córdoba desaparecer á Olózaga entre el humo de las calderas de la casa de baños. Hay quien dice que cuando se restablezca la inquisicion, este señor será quemado por mágico; cosa algo difícil si, como se asegura, tiene el señor Olózaga la gracia de andar sin sombra.

Ademas de estos señores han salido , segun dicen los periódicos, hasta 72 ciudadanos para el presidio de Málaga : iban atados codo con codo... y es lo único que me atrevo á decir por ahora , porque aunque *Cotorra*, tambien yo tengo sentimientos elevados y podria incurrir en una falta de esas que tan caras cuestan en un pais donde nadie disfruta garantias.

Por último , ha llegado aquí el señor duque de Montpensier y su señora esposa , la cual ha tenido el desconsuelo de inspirar al señor Puerto del Puerto y Puerto los malditísimos versos que Don Juan de la Pilindrica criticó en la paliza anterior.

¡ Aaaa! Se me olvidaba hacer á usted una pregunta. ¿ Es verdad que el movimiento que se está verificando en Europa es tan monárquico como dice el *Heraldo*? Digolo , porque este periódico nos lo asegura de un modo que hasta se me figura mentira la caída de Luis Felipe. Segun eso , la Francia se ha declarado por la monarquía , cansada sin duda de la libertad. En Venecia han hecho otro tanto , y los únicos que perseveran en su sistema de refinado liberalismo son los rusos. Ahora comprendo por qué el *Heraldo*, que es tan liberal , no encuentra ya gobierno mas simpático que el de San Petersburgo , donde , segun espresion de los naturales del pais , existen treinta y cinco millones de siervos y setenta y cuatro millones de esclavos. Tiene razon , pues , el *Heraldo* en calificar amargamente á esos *reaccionarios* italianos , franceses y alemanes ; el modelo de los gobiernos libres es la Rusia , y riámonos de cuentos. En fin , dé usted muchas espresiones á Mr. La-Martine , á Mr. Ledru-Rollin , á todos los españoles de la *comida* , y usted disponga de su afectísima

LA COTORRA.

P. D. Se me olvidaba decir á usted que donde se ha proclamado la *República* no es en el *Chamberí* de Castilla la Nueva , sino en *Chamberí* de Italia. Yo , como no sabia que hubiese otro *Chamberí* , cuando oí decir que se habia proclamado la *República* en este punto , creí que nuestros vecinos habian echado el resto , aunque nunca debia suponer semejante cosa.

EL EMPECINADO.

(HISTORIA QUE PARECE NOVELA.)

I.

Era una hermosa mañana del estio , á principios de la famosa guerra de la Independencia española , cuando una señora de Roa que estaba asomada al balcon de su casa en la Plaza Mayor , oyó un

ruido extraño de caballos y muchas voces que llamaron su atención. En casa de aquella señora, según nos han informado, estaba encargado de la labranza un joven robusto, de regular estatura, en cuyo rostro meridional brillaban unos ojos negros que mostraban gran penetración y una impetuosidad que, si no hubiera llegado á ser heroica, podría calificarse de temeraria. Nuestros lectores, conocedores del célebre guerrillero castellano que tantos días de gloria ha dado á la patria, habrán reconocido sin duda al terrible *Juan Martín* en el modesto labrador cuya fisonomía hemos incompletamente bosquejado: tanto mejor; esto nos ahorrará el trabajo de explicárselo, aunque no por eso abandonaremos la grata tarea de hacer ahora el retrato moral del hombre que tan vivamente excita las simpatías de todos los corazones honrados y generosos.

En todos los pueblos hay siempre un ente singular que sirve de tipo de comparación para diferentes cosas. Uno por demasiado bueno, otro por demasiado malo, quien por sus vicios es el hazme reír de todos sus conciudadanos, y cual por su intrepidez se hace el cocó de los muchachos, y con el recuerdo de sus hazañas infunde valor hasta en el pecho de los mas tímidos. En Roa había todo esto, y aunque no es la virtud la dote que mas escasea entre los sencillos habitantes de la villa, fuerza es confesar que el humilde campesino, el pobre mozo de labor *Juan Martín Díez* vino á ocupar un puesto privilegiado en la escala de los hombres de bien. Castilla es una de las provincias de España en que mas resalta la honradez, así como España es en esta parte la primera nación del mundo. Pues bien, en el seno de esa misma Castilla se hizo distinguir nuestro héroe por la virtud que tanto enaltece á los hombres, aun cuando no tuvieran otras dotes que les hicieran amar de todo el mundo. Humano *Juan Martín* como el que mas, no veía miseria que no tratara de socorrer en cuanto lo permitiera su escasa suerte; compasivo hasta con sus enemigos, devolvía frecuentemente favores por injurias, y mas de una vez pasó por tímido dejando un ultraje sin reparación, ¡él! ¡él!, que entre los mas esforzados guerreros de nuestros tiempos no ha encontrado uno que pudiera esperarle frente á frente! Buen amigo, buen hijo, buen padre, buen esposo, buen ciudadano, amigo leal, generoso y desprendido, sencillo en sus maneras, carácter ingenuo hasta la rudeza, estas son cualidades inherentes á todos los castellanos, y *Juan Martín* sobresalía entre ellos, como sobresalió entre tantos españoles valientes, esgrimiendo la espada contra las victoriosas huestes del Capitan del siglo.

Al oír el griterio de que hemos hablado en las primeras líneas de este capítulo, palideció la señora que, como hemos dicho también, estaba asomada á su balcon en la plaza de Roa; y creyendo que la alarma seria producida por la aparición de algun destacamento francés, que, como es harto sabido, ocasionaban tantas calamidades en los pueblos, iba á retirarse del balcon y á encomendar á *Juan Martín* la guarda de la casa, bien segura de que si el joven

labriego se encargaba de defender el débil castillo, sería punto menos que imposible la rendición, aunque vinieran á sitiarse todas las fuerzas reunidas de Napoleón, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la Confederación del Rin.

— Pero la atónita señora, á quien hemos tenido el gusto de conocer, no tuvo tiempo para retirarse, viendo invadida la plaza por unos treinta hombres á caballo, unos en mangas de camisa, otros montando en pelo, algunos con trabuco, y no faltaba quien no teniendo otras armas se había apoderado de un grueso palo de encina. Al frente de aquellos treinta *calaveras* iba nuestro héroe *Juan Martín*, conocido con el apodo de *Empecinado*, apodo que suelen dar á todos los que desde la villa de Castrillo, de donde era natural *Juan Martín*, van á vecindarse á los pueblos que se hallan al otro lado de un arroyo en el cual hay siempre un lodo negruzco que los del país llaman *pecina*. Tal era la tropa improvisada que acababa de ocupar la plaza de Roa, y tal el gefe cuyo porte militar nos escusaremos de describir diciendo que llevaba los estribos de esparto.

— ¡Muchachos! ¡Juan Martín! gritó la señora del balcón á los que estaban en la plaza. ¿A dónde demonios vais de esa manera?

— A batir á los franceses, contestó el *Empecinado*. Y esta respuesta, que poco tiempo despues hubiera sido la señal infalible de una victoria para las armas españolas, no pudo producir en esta ocasion mas que dos cosas, primero la risa y en seguida el dolor de considerar que aquellos buenos castellanos, impulsados por el santo deber de sostener la independencia de la patria, iban tal vez á ser inmolados por el número, la pericia militar y el insaciable furor de los verdugos de Madrid.

— ¡Juan Martín! ¡Juan Martín! gritó la señora.

— ¿Qué quiere usted?

— Que no seais *calaveras*, que dejeis los caballos y vayais cada cual á cumplir con vuestra obligacion.

— ¡Toma! dijo *Juan Martín* arrugando el gesto; ¿pues qué no vamos á cumplir con nuestra obligacion? ¿no estamos obligados todos los españoles á sacudir el yugo de la usurpacion?

— Repito que me obedezcas, *Juan Martín*.

— Perdone usted, señora: ya sabe usted que siempre he sido condescendiente y amigo de obedecer sin réplica; pero esto es cosa hecha, y desde este momento no escucho mas voz que la de España.

— Pero.... ¿no ves que los franceses tienen armas y vosotros no las teneis?

— Mejor, con eso se las quitaremos, y nosotros tendremos armas mientras que los franceses se quedarán sin ellas.

— Pero.... vosotros sois muy pocos, y ellos pueden ser muchos.

— Mejor, si ellos son muchos, esos mas enemigos quitaremos del medio.

— Pero... ni siquiera sabeis dónde estan los enemigos, y vais á perder el tiempo.

— No, eh? Demasiado que lo sabemos; pues qué ¿ la parece á usted que yo me duermo hace algún tiempo sin saber lo que pasa? Ayer tarde ví unos trescientos franceses que se dirigian á Castrillo, y es regular que podamos sorprenderlos allí oyendo misa.

— Cuanto mas alegres eran los cálculos de Juan Martin, mas desconfiaba de ellos la señora, que hubiera dado su vida porque se arrepintieran aquellos calaveras, como ella decia, y no se espusieran á perecer todos dejando á sus familias en la desgracia. Pero viendo que nada podia su elocuencia contra la tenacidad de aquella gente dijo:

— Oye, Juan Martin.

— Mande usted, señora?

— Siquiera, hombre, hájate del caballo y saca ó manda que te saquen la silla del caballo de casa; no vayas con esa facha que tanto dista de la gravedad militar.

— No señora, voy así mejor. ¿ Qué me importa á mí que la gente se burle? Lo que yo quiero es coger prisioneros á esos trescientos galopines, y mas que se ria todo el mundo.

Y esto diciendo se despidió de la señora, dió la voz de marchen á su pequeño escuadron y todos salieron de Roa gritando con entusiasmo ¡ viva España!

Aquel dia fué todo de luto para la villa de Roa. No se hablaba de otra cosa que de la expedicion de Juan Martin, y cada cual se desesperaba por no haber puesto los medios para persuadir á tantos padres de familia y á tantos mozos útiles para la labranza que no siguen al *Empecinado*. Y estas manifestaciones de desconsuelo se redoblaron cada vez mas por las dolorosas noticias que circulaban respecto á los progresos que hacia la causa francesa en España, entendida ya por toda la peninsula; pero al tener conocimiento los habitantes de Roa de los atropellos que por do quier sufrían los españoles y del saqueo y asesinatos á que con tanta frecuencia se entregaban los súbditos del rey José, justo es declarar que se sintieron impulsados para seguir las huellas de los *Empecinados*, cuya locura habian censurado por la mañana. La ansiedad era general en la villa de Roa: la señora de quien tanto hemos hablado, y cuyo nombre no nos resolvemos á estampar sin su consentimiento, salió de nuevo al balcon interrogando á toda la vecindad acerca de la suerte de los *expedicionarios*; pero nadie tenia noticia de ellos y al contrario, cada cual auguraba un resultado calamitoso.

— ¿ Quién sabe? Decia alguno. Esos muchachos son todos valientes y decididos ¿ no podrian darnos una agradable sorpresa?

— ¡ Ay! decia otro. ¿ De qué les servirá el valor, si son treinta contra trescientos?

— Treinta, sí, añadía un tercero, es decir, la décima parte; ¡ Treinta hombres que no saben nada en el arte de la guerra, con

tra trescientos que cuentan diez ó doce años de combates; Treinta que en su mayor parte van armados de palos de encina, contra trescientos soldados provistos de todo lo que exige una campaña! —Si, respondió un recién llegado, dando valor á los que tan tristes comentarios hacian, todo eso es cierto; pero cuando los hombres pelean por la libertad de su patria, cada ciudadano vale por veinte soldados de la tiranía. Y en prueba de esta verdad hiagan ustedes el favor de aplicar el oido.

Oyose entonces ruido de caballeria y poco tiempo después entraban en la plaza de Roa muchos hombres á pie y á caballo. Era la partida del *Empeinado* que volvia trayendo trescientos franceses atados codo con codo.

(Se continuará.)

PROFECIA PARA LA... POLONIA.

Los siglos se van pasando

y cruzan años y dias,

y siguen en sus porfias

los judfos esperando

la venida del Mesias;

Y el Mesias no se ve,

que si en venir ha pensado,

parece que dice, á fé,

espéreme usted sentado

que se cansará de pie;

Y los judfos merecen

seguramente una palma,

pues tienen tan grande el alma,

que solo á la mar parecen

cundo está la mar en calma;

Y diz que suelen decir

sin cansarse de esperar:

nadie se debe aburrir;

porque al fin, ha de venir,

allá no se ha de quedar.

La esperanza es mi contento,

y á nadie mi gusto asombre;

si en una virtud consiento;

que en el corazon del hombre

tiene su cuna y su asiento.

Y si los siglos cruzando

persisten en sus manias

y pasan noches y dias
 los judios esperando
 la venida del Mesias,
 tambien yo que tengo fe
 ora al sol, ora á la luna,
 con paciencia esperaré
 hasta que la vuelta dé
 la rueda de la fortuna.

Y no tengo de gruñir
 ni quiero desesperar,
 y en mis trece he de seguir,
 porque al cabo ha de venir;
 allá no se ha de quedar.

Miro de Dios la balanzá
 y no soy hombre mézquino,
 por lo cual bien sé me alcanza
 que nunca de mi destino
 debo perder la esperanza.

Fácilmente se comprende,
 si en ello bien se repara,
 y esto es lo que mas ofende,
 que el que espera ya se entiende,
 y el que viene es cosa clara.

Tambien miro y considero
 cada vez que llevo á ver
 las cosas al retortero,
 que es necesario tener
 paciencia de relojero.

Mas no me quiero afligir
 ni á la suerte maltratar,
 y yo la sabré esperar,
 supuesto que ha de venir,
 que allá no se ha de quedar.

Tiempo hace que se quejaba
 la pobre Francia oprimida,
 y aunque un mal rey la llevaba
 al carro de triunfo uncida,
 su libertad esperaba.

Buscaba el gobierno tretas
 para amenguar el tesoro,
 y vivia, sin decoro,
 merced á las bayonetas,
 y á la corrupcion del oro.

Y como si esto en sustancia
 fuese algun grano de anís,

trató al fin con arrogancia
de hacer esclava á la Francia
fortificando á París.

Pero el pueblo sin cesar
dió al tirano en maldecir,
y supo el bien esperar,
porque al fin ha de venir,
que allá no se ha de quedar.

Mientras tan duras escenas
pasaban sobre la Galia,
también lloraba sus penas
al rumor de las cadenas
la desventurada Italia. —

Venecia y Milan, despojos
de memorables destinos,
con triste llanto en los ojos
contemplaron los enojos
de una banda de asesinos.

Lloraban, sí, desgraciados,
con corazón de calándria,
llegando á ser despreciados
de quien les vió subyugados
por un Pontífice mándria (1).

Mas nunca debió faltar
quien supiera resistir
y la ventura esperar,
porque al fin si ha de venir
allá no se ha de quedar.

Por mucho tiempo ha logrado
el Austria ocultar sus iras
palpando con desagrado
las venenosas mentiras
del despotismo ilustrado.

En Paris como en Florencia
y en Argel como en Zurich,
sufrió el mundo con paciencia
la desastrosa influencia
del bribon de Meternich.

En Viena se enseñoreaba
la mas atroz tiranía,
porque el déspota pensaba
que el Austria durmiendo estaba
y el Austria no se dormía.

(1) Gregorio XVI.

Fingia, sí, reposar
sin llorar y sin gemir,
pero sabia esperar
aquello que ha de venir
que allá no se ha de quedar.

De probar el tiempo acaba
si es verdad lo que ha pasado;
que el italiano acertaba,
que el austriaco iba fundado,
y el francés no se engañaba.

Yo que la emancipacion
quiero en Paris y en Bolonia,
en esta triple leccion
encuentro una deduccion
à favor de la Polonia.

Si aun esta nacion se agita
por la ventura completa
de que tanto necesita;
si aun Varsobia està sujeta
por el feroz moscovita,
jamás se debe abatir;
libertad ha de lograr,
y esto se puede inferir
de que al cabo... ha de venir,
que allá no se ha de quedar.

MR. DE LA-MARTINE

Y

EL TIO CAMORRA.

—Buenos dias, Mr. de La-Martine, dijo el *Tio Camorra* entrando en casa del ministro de relaciones estrangeras de Francia.

—Téngalos usted muy buenos. ¿Quién es usted....? porque yo no recuerdo.

—Yo... apuradamente, ni sé quién soy, ni me conozco, como dice D. Manuel de la Cámara.

—¿Y quién es ese D. Manuel de la Cámara?

—Uno que ni sabe quién es, ni se conoce, como yo digo.

—Pero en suma, ¿no podré yo saber à quién tengo el honor de...

—¡Oh! Mr. de La-Martine, el honor es mio en visitar al primer hombre de la Francia, al moderno apostol de la libertad, al autor

de la historia de los *Girondinos*, al orador de la democracia, al defensor de la República francesa.

—Basta, hombre, basta; ya veo que me conoce usted bien y yo también me conozco y sé quién soy; que no me parezca á usted ni á ese D. Manuel de la Cámara, en lo de no conocerse, ni saber ustedes mismos quiénes son.

—Yo le diré á usted, señor mío. Cuando digo que no sé quién soy, ni me conozco, es porque recuerdo haberse lo oído decir á D. Manuel de la Cámara.

—¿Y quién es D. Manuel de la Cámara?

—Un paisano mío que sabe muchos cuentos, y que en cierta ocasión refirió el siguiente:

—¿Es corto? Porque yo tengo mucho que hacer.

—Si señor, es corto; los españoles y los franceses nos parecemos justamente en que somos enemigos de la pesadez. Es el caso que un zapatero, cuyo nombre no recuerdo, al dar las señas de su casa dijo, según informes de D. Manuel de la Cámara: Vayan ustedes á la calle de tal, número tantos, cuarto bajo: pregunten por fulano de tal, y si no está allí... si no está allí ese sugeto, ni sé quién soy, ni me conozco. Ahora bien Mr. de La-Martine, yo he venido aquí, hablando en español, traigo mi insignia constante que es el garrote de Torreldones, y al ver que usted me desconoce, tengo que confesar como D. Manuel de la Cámara, que ni sé quién soy, ni me conozco.

—¡Ah! ya caigo: usted es... ¡El Tío Camorra!

—Para lo que usted guste mandar.

—Me alegro mucho de volver á ver á usted, porque sé que usted es un verdadero liberal, es decir, un liberal franco, enemigo de los pasteles.

—Justamente.

—Y dígame usted ¿qué tal está el espíritu público en España?

El Tío Camorra hizo á Mr. de La-Martine una pintura de la opinión pública de su país que no nos determinamos á insertar por temor de que parezca... así, demasiado larga.

—¿Y cuál es el espíritu público en Francia? preguntó el Tío Camorra.

—¡Oh! aquí demócrata todo.

—¿Como todo?

—Sí Señor.

—¿Y los filipistas de otro tiempo?

—Trabajillo les ha costado el convencerse, pero ya se van convenciendo.

—¿Y los carlistas?

—Los carlistas? Mejor que los orleanistas.

—Pero señor ¿cómo se explica eso?

—Muy fácilmente, Tío Camorra; muy fácilmente. Usted conoce bien que en todos los partidos hay hombres malos que enarbolan una

bandera para crecer á su sombra, así como hay hombres muy buenos que abrazan una causa con fé, porque entienden que ella conduce á la felicidad pública. En honor de la verdad, los hombres de fé, los que abrazan una bandera guiados por el santo deseo de labrar la dicha del género humano, son generalmente los liberales exaltados ó los absolutistas. En los que proclaman el justo medio, se ven poquísimas pruebas de abnegacion, porque no lo dan de sí las doctrinas políticas que profesan. Resulta de esto, que los liberales franceses querian alcanzar el bien del pueblo por la via de la libertad, y que los carlistas deseaban tambien llegar al bien del pueblo, por el camino del absolutismo, lo que equivale á decir, que unos y otros aspiraban al bien, aunque por diferentes caminos. ¿Qué dificultad podía haber en que estos dos partidos tan opuestos al parecer se unieran para defender y hacer feliz á la patria común?

— Tiene usted razon, Mr. de La-Martine; esa si que es elevacion de alma! Pero ¿es posible que los carlistas ó legitimistas abracen la causa de la democracia?

— Y por qué no? Si son hombres de bien, si han aspirado alguna vez á la ventura del pueblo, aunque hayan invocado principios erróneos, no por eso han dejado de contribuir al esplendor de la democracia; por consiguiente declarándose como en el dia se han declarado demócratas, han bautizado con un nombre mas puro las buenas intenciones sociales que hayan podido alimentar durante su vida.

— ¡Caramba, Mr. de La-Martine! Yo creí que entre el despotismo y la democracia habia un abismo.

— Entre el despotismo y la democracia, sí, hay un gran abismo, pero entre los hombres de bien de uno y otro partido no hay ni siquiera una pulgada de distancia. Y si no, aqui me tiene usted á mí; yo mismo no me avergüenzo de decir que he sido legitimista.

— ¿Como?! Usted legitimista!

— Si señor, legitimista.

— ¿Y entonces tendria usted odio á la democracia?

— No por cierto; entonces no me llamaba demócrata; pero entonces, como ahora, amaba al pueblo, deseaba su felicidad y sin saberlo yo mismo, era un verdadero demócrata.

— Estoy estupefacto; pero cómo se hizo, ó por mejor decir, cómo se declaró usted ostensiblemente demócrata?

— Porque me convencí de que el partido demócrata era el que profesaba las doctrinas puras, las doctrinas que habian un dia aliviado los males que tanto tiempo han lacerado el corazón de la humanidad. Entonces tendi una mirada en derredor mio. Encontré una porcion de legitimistas honrados como yo, amantes del pueblo y de la libertad como yo; pero que como yo se habian equivocado en los medios de asegurar la ventura de la libertad que conduce inmediatamente á la ventura del pueblo. Ví el error, comprendi la esterilidad de los recursos de un partido que aspiraba á tan elevados fines, y confesando francamente mis pasados errores, me pasé al

campo de los que hasta entonces habia considerado como enemigos y que en realidad siempre habian sido mis hermanos.

— ¡Jesas! ¡Jesus! Mr. de La-Martine; ¡me deja usted atónito! Hasta ahora no habia yo comprendido que un hombre podia pasar de un campo á otro sin cometer una punible inconsecuencia.

— Eso segun y conforme, señor mio. Cuando los hombres abandonan una causa para medrar y entran en el bando opuesto disfrutando las ventajas de la desercion, se dice que cometen una apostasía, una traición y merecen el desprecio de las personas honradas; pero cuando no hacen otra cosa que variar de nombre permaneciendo unos mismos en el fondo; cuando elijen mejor camino para llegar antes al santo fin que se habian propuesto; cuando invaden un campo donde no pueden prometerse otra cosa que trabajar y sufrir para cumplir los deseos del que rige los destinos del mundo, entonces la resolucion es plausible y merece, como yo merecí, los elogios de todos los hombres de bien que habian visto mi conciencia en el espejo de mi vida pública.

— Es decir, que ahora todos los carlistas franceses se han hecho demócratas?

— Todos: aqui afortunadamente ya no hay blancos ni negros, ya no hay mas que franceses.

— Pues señor, dijo el *Tio Camorra* despidiéndose de M. La-Martine, como dice D. Miguel Garcia Gimenez, bien dicen que nunca se acuesta uno sin saber una cosa mas.

ESPARTERO.

Su pasado, su presente, su porvenir.

POR LA REDACCION

DE EL ESPECTADOR

EL TIO CAMORRA.

Se halla en venta este folleto, destinado á rendir un tributo de respetuoso afecto al ilustre pacificador de España, no menos que á dar una idea justa y filosófica de la importancia inherente á su nombre. Consta de cinco capítulos, cuyos titulos son los siguientes: 1.º De la cuna al Malabar.—2.º Cuatro años de emigracion.—3.º El regreso del proscrito.—4.º Quince dias en Madrid.—5.º Porvenir de Espartero. El capítulo 4.º está escrito en verso y en variedad de estilo y metros por el *Tio Camorra*.

Se está agotando la edicion de este interesante folleto.

Editor responsable, D. FRANCISCO SALES DE FUENTES.

Imprenta de D. Julian Llorente, calle de Alcalá, número 44.